

La cuarta orden de la humanidad

=Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para Repertorio Americano=

Primero fue creado el hombre, en el principio de las cosas; seciente a él fue creada la mujer; a ésta siguió el niño y al niño la muñeca. La escala es ascendente, y la muñeca es cúspide y corona.

La mujer misma rinde testimonio implícito, aunque inconsciente, de la supremacía de la muñeca: Edades incontables ha fingido su rostro con afeites y mentido sus sienes con ajeno cabello; para falsificar morbideces se ha rellenado los *contours*; y se ha pintado cejas y pestañas: Todo en frustrado esfuerzo para lograr por arte cuanto en la muñeca es de natural derecho. Hasta el niño exhibe marcadas inferioridades: Suyo es un espíritu de contrariedad; y come, y bebe; y está lleno de ensimismamiento (egoísmo fuera término demasiado torpe y duro); y le falta en gran dosis la quietud especial que hace a la muñeca semejante de los reposados dioses. En cuanto a mí, profeso que el largo trato que con ella he tenido sólo ha servido para agrandar la consideración en que tengo a esta cuarta orden de la humanidad, excepción hecha, en todo caso, de la muñeca de ojos azules demasiado claros, en cuya mirada hay cierta fría altanería contra la que mi difidencia no ha estado siempre a prueba.

Considerad la vida de las muñecas. Al antojo de cualquiera maternal tiranuela *debonair*, viran con todo viento de mutabilidad; son juguete de estados de ánimo que se les imputa; sobrellevan virtudes y defectos no de su elección: El pesar las agobia o las posee la alegría; son indóciles o amables, a capricho y mandato de su dueña; caen sobre ellas los azotes, o la suave aspersión de los ósculos; se las persigue delectablemente con cariño, o se las consigna al callado destierro del abandono; se las exalta al hoyuelo de la mejilla de su dueña o se las ultraja al servilismo del suelo; se las desgarran y mutila, se las mece en los brazos y se las arrulla solícitamente; se las acusa de culpa o se las acaricia, se les reprende o se les ama: Ni jamás han tenido ni tendrán sabiduría de por qué se es así o así con ellas; sean las que fueren sus vicisitudes, ellas ignoran por completo toda razón.

¡Considerad vosotras la vida de nosotros, oh mis primas hermanas las muñecas!

Conciencia alguna tuve de ello, a lo que juzgo; secreto alguno adivinaba ya, de este recóndito paralelismo de destinos rivales entre las muñecas y yo, que me impidió sentir, pero ni en la niñez, el juvenil desprecio masculino por estas efímeras parásitas del mundo de los niños. Rebelábame con lastimado sentimiento contra la estrecha intolerancia femenina que le decía al varonzuelo: *Ni cargarás bebé ni poseerás muñeca*. En lo tocante a bebés me fue más allá de toda esperanza imposible contradecir el prejuicio iliberal; en la cuestión de las mu-



Francis Thompson

Dibujo del Hon. Neville Lytton, 1907.

Nació en Ashton, Lancashire, Inglaterra, en 1860. Su padre, médico, se convirtió al Catolicismo por influencia del Cardenal Manning. Francis se educó en Ushaw College, cerca de Durham, y fue allí compañero de Lafcadio Hearn; más tarde estudió medicina en Manchester; pero su vocación no era ni para el sacerdocio, a que lo quería dedicar su padre, ni para la ciencia. Huyó a Londres donde, en años de la más sórdida miseria, la vida le trituro el corazón y le desgarró el alma. En 1893 lo descubrieron Mr. Wilfrid Meynell y su esposa, la exquisita y sabia Alice Meynell, quienes lo recogieron y cuidaron de él hasta su muerte acaccida en Londres el 13 de noviembre de 1907. Ningún poeta moderno ha sido tan magnífico en sus imágenes, tan glorioso en su inspiración, tan fervoroso en su fe católica, tan hondo en su conocimiento emotivo del dolor de la vida, tan erudito en clasicismo, y a la vez tan dulce y sencillo, y tan amante de la niñez. Su prosa también es admirable, y su ensayo sobre *Shelley* es pieza que ha hecho época en la historia de la crítica literaria inglesa. Sus *Collected Works* las editó Mr. Meynell, en tres admirables volúmenes, en 1913, publicándolos en Nueva York la casa de Charles Scribner's Sons, 597 Fifth Ave.

Sus obras incluyen: *Poems* (1893); *Sister Songs* (1895); y *New Poems* (1897), en verso, y *Health and Holiness* (1905) en prosa. Sus mejores poesías son las odas *The Hound of Heaven*, *Anthem of Earth*, *To the Setting Sun* y *The Mistress of Vision*; *The Daisy*, *The Poppy* y el poema de amor platónico que en loor de Alice Meynell escribió en varias poesías que llamó *Love in Dian's Lap* (Amor en el regazo de Diana).—H.M.

ñecas procuré vencerlo con armas de razón. Sirviéronme la elocuencia, y la diplomacia más sutil, para arrancarles a mis hermanas concesión de muñecas: De entonces data mi conocimiento de la especie.

Pero el ineludible sexo declaróse: Las dramatizaba, me enamoraba de ellas, nunca les hice de padre; la intolerancia respecto de su género se justificaba. Una en particular fue mi escogida, una coronada con prestancia de hermosura, y humilléme delante de las catorce pulgadas de su falda. Era bella. Era heroína de Shakespeare. Era concordia y acuerdo de milagros apartados entre sí: Todas

las excelencias encontradas aliábanse en el arca de una sola muñeca; las fronteras de las celosas virtudes marchaban en ella, mas sin violar su paz. Deseoso de darle nombre digno, inquirí de mi madre quién era de las mujeres del siglo la más bella. Con risa respondiome que la pregunta era ardua pero que, quizás, la Emperatriz de los franceses se llevaría la manzana en hermosura. Desde ese instante mi princesa de la muñequería recibió el homenaje de su rango; y aún ahora, aunque hace mucho tiempo que se perdió en un reino donde hasta el aserrín se lava para siempre de las heridas de las muñecas, no puedo oír ese nombre sin que el Pasado me toque con una rígida aglomeración de deditos de china.

¿Pero por qué había de cerrar con ella y mi niñez el sonrojado recuento de mis amores muñequiles? Los hombres no somos sino niños crecidos; y vuestra estatua, bien seguro lo tengo, no es más que la muñeca adulta. ¿Por qué, pues, habría de dejar irrecordada la estatua que esclavizó mi juventud en pasión que las mortales eran inhábiles a instigar? Ni de esto haga nadie ojos saltones de incredulidad; porque *ella* era diosa. Estatua la he llamado; en rigor era sólo busto, menos aún; cabeza; todavía menos: Rostro sólo. ¿Y quién que vió ese rostro pudo pensar en lo demás de ella? Carecía de nombre en la galería de copias de esculturas en la que para asombro mío se había dignado habitar; después he sabido que los hombres la llaman la Melpómene del Vaticano. Bien hacía en no tener nombre ninguno, porque Melpómene no lo fue ella jamás: Jamás palabras suyas brotaron de bronceína lira en orden trágico; jamás por sus labios de sortilegio surgió sílaba ninguna de dolor. Antes bien, por sus rizos entretejidos con hojas, parecía extraviada bacante indeblemente plasmada en un ensueño de siglos. La expresión que le daba divinidad irresistible, he sospechado siempre que fuese accidente del molde de la copia, puesto que, en numerosos grabados de su prototipo, nunca hallé ese aspecto. El secreto de esta significación indescifrable se escondía, lo fui discerniendo lentamente, en el juego impar de los ángulos de su boca; por manera que su perfil variaba de significado por completo según se la mirase del lado izquierdo o del derecho. En una de las comisuras de su boca se había quedado dormido el trazo primerizo de una sonrisa: Como si a ella la hubiese arrebatado un ensueño, haciéndola olvidar que iba a sonreír. La otra comisura, había caído, como por su propio peso, en un abandono, en un gesto, que hacía adivinar tristeza; que hacía adivinar, pero sólo de la manera como los párpados indolentes se aquejan, porque lo han adivinado, del filo de la alborada azul pizarra. Vista de pleno continente las